

mitido decirlo—que el hombre necesita para tal asunto. <sup>(1)</sup>

Síguese de ahí, que en el mundo de la vida sobrenatural, necesita doble equipo más completo.

Por parte de su naturaleza racional, es suficientemente apto para cumplir su misión natural. <sup>(2)</sup> Dios, como autor de la naturaleza, es el fin apropiado á su naturaleza. Y las potencias naturales de su alma son, por su naturaleza, accesibles á la influencia natural de Dios en cuanto última causa motriz y capaces de responderle.

Pero resulta de otra suerte en el caso de hallarse elevado el hombre al orden sobrenatural. Tal privilegio es algo tan sublime y tan divino, que no se da término para expresar la distancia que al hombre le separa de Dios como autor del orden sobrenatural, la debilidad natural de la inteligencia humana de la magnitud del fin sobrenatural al cual después se halla destinada.

Cierto que, por la gracia santificante, vese el alma elevada y transfigurada de tal manera, que el Espíritu de Dios no halla sino una expresión para caracterizar tal estado, la expresión casi increíble de *participación de la naturaleza divina*. <sup>(3)</sup> Ciertamente que las disposiciones infusas con la gracia, para la práctica de las virtudes sobrenaturales, intelectuales y morales, y las infusiones de la gracia eficaz que les responden, prestan á la inteligencia y á la voluntad nueva fuerza más elevada para dirigir toda su actividad sobre Dios, como el fin sobrenatural más alto, y transformar así los actos en virtudes sobrenaturales. <sup>(4)</sup> Ciertamente, hasta podría creerse que si, en el orden natural, la inteligencia y la voluntad, ayudadas con el auxilio de la inclinación natural, bastan para responder á la acción natural de Dios, en lo que les es conforme, la cosa debiera igualmente ocurrir en el orden sobrenatural, des-

(1) Thomas, I, 2, q. 68, a. 1. Antonin., IV, t. 10, 2, § 1.

(2) Rainer. a Pisis, *Pantheol.*, v. dona, 1, § 2.

(3) II Petr., I, 4.

(4) Thomas, I, 2, q. 63, a. 3, 4.

de que las virtudes intelectuales y morales infusas, hicieron á esas dos potencias del alma capaces de abandonarse á la influencia sobrenatural de Dios, mediante la acción de su gracia. Mas no sucede por entero de esa suerte.

Únicamente aquí vemos bien de qué dignidad, pero también de qué obligaciones somos deudores á la gracia divina.

Seguramente Dios nos eleva á inmensa altura, dignándose hacerse nuestro fin sobrenatural. Por su abajamiento hasta nosotros en la gracia santificante, y por la elevación de nuestra alma y de sus potencias al estado sobrenatural, fórmase bien, es verdad, una unión entre estas últimas y su naturaleza. Mas, relativamente á nuestra actividad, bajo la influencia de su acción sobre nosotros, y á su acción misma, el abismo inconmensurable que de él nos separa dista mucho de verse colmado. <sup>(1)</sup>

Luego, para que sean posibles nuestra cooperación á su actividad, por una parte, y, por otra, el ejercicio libre de su influencia sobre nuestra actividad sobrenatural, tuvo que tender doble puente sobre ese abismo.

Aun en el orden natural, dió á la inteligencia y á la voluntad libre, como hemos visto, además de conocer la verdad y de lograr el bien, cierta inclinación hacia ambas cosas, para poder, por su mediación, obrar sobre esas dos potencias del alma sin violencia alguna, y de manera conforme á nuestra naturaleza. Pues bien, esa inclinación natural al bien, que también procede de Dios, <sup>(2)</sup> y que no es obra propia de la criatura, basta para hacer á la inteligencia y á la voluntad más prontas á responder á la influencia del movimiento natural divino. Por el contrario, no presta al hombre necesidad alguna ni deseo alguno natural que responda á la sublimidad del fin sobrenatural. <sup>(3)</sup>

Por esa razón Dios, para hacernos posible la completa unión sobrenatural con él, por medio de una actividad que

(1) Cf. Alvarez. a Paz, III, l. 2, p. 2, c. 4.

(2) Thomas, I, q. 103, a. 8; q. 111, a. 2.

(3) Propos. Baii damn. 21, 23, 24, 26.

responde perfectamente á nuestra elevación sobrenatural, debió poner, en lugar de la inclinación natural al bien y á la verdad en el orden sobrenatural, algo absolutamente nuevo, y eso, como ya hemos dicho, bajo dos aspectos.

Primeramente, en cuanto fin del orden sobrenatural, hállase de tal suerte más alto que la criatura, que ésta, aun estando su naturaleza elevada por la gracia hasta la participación de la naturaleza divina, no puede desarrollar una actividad conforme á ese estado de unión con Dios, á no ser que una potencia y una capacidad enteramente nuevas entren en el alma para tal fin.

Pues bien, esto ocurre con las virtudes teologales, que se refieren, no como las demás virtudes, desde luego á prácticas agradables á Dios, sino que le tienen inmediatamente por objeto, y hacen posible al hombre su unión con él en cuanto último fin del orden sobrenatural, mediante una actividad á la vez conforme con la dignidad de Dios y con la dignidad que el hombre recibió por la gracia. <sup>(1)</sup>

Mas aun las aptitudes dadas por las virtudes intelectuales y morales infusas, necesitan de ese sostén particular para ejercer su actividad de manera correspondiente á toda la extensión de la misión sobrenatural, á la elevación y á la delicadeza de las influencias divinas. Las virtudes naturales producen sus efectos á causa de la belleza natural que en ellas reside, y para cumplir los deberes que se sabe han sido impuestos por la voluntad de Dios. Las virtudes sobrenaturales producen las mismas acciones exteriores. Pero no deben practicarlas únicamente para satisfacer la obligación de obedecer la voluntad de Dios —á lo cual está ya obligada la razón natural.— Deben hacerlo para expresar de la más fiel manera posible, la unión sobrenatural de nuestra naturaleza con Dios en la gracia, expresión que responde perfectamente á la sublimidad y á la intimidad de nuestra unión sobrenatural con él. Pues bien, no sucede esto, á no ser que persiga la práctica de toda virtud sobrenatural, como fin último, la

(1) Thomas, 1, 2, q. 62, a. 1.

subordinación más completa con respecto á Dios, y siendo esa misma práctica la expresión del afecto más grande hacia Él.

Pues bien, la subordinación á Dios alcanza su más alto grado en la sumisión del espíritu á Él por la fe. El afecto á Dios alcanza el suyo en las virtudes de la esperanza y de la caridad. Cada virtud sobrenatural debe ser, pues, una emanación y una expresión indirecta de esas tres divinas virtudes, y principalmente de la caridad sobrenatural.

En segundo lugar, la misión de toda virtud que el justo practica en estado de gracia, consiste en producir un acto exterior que responda perfectamente á la actividad que el Espíritu Santo, que habita en nosotros, quiere realizar en nosotros y por medio de nosotros.

Luego, por una parte, la virtud sobrenatural debe realizar el mayor grado posible de sumisión á Dios, y de unión con Él en cuanto es Él su fin. Y, para llegar á eso, recibe el alma las virtudes teologales infusas, con la gracia santificante.

Por otra parte, aun cuando sea ejecutada mediante la libertad y con medios humanos, debe, no obstante, ser obra del mismo Espíritu Santo que habita en nosotros, efecto de sus inspiraciones y mociones, emanación de su propia actividad.

Para que ella se convierta en esto, de perfecta manera, necesita de una nueva fuerza permanente, sobrenatural, en lugar de la inclinación que, en el orden natural, previene los impulsos y movimientos naturales por parte de Dios. Y esa fuerza es lo que se llama dones del Espíritu Santo. <sup>(1)</sup>

**5. Los dones del Espíritu Santo.**—Esos dones del Espíritu Santo son, pues, aptitudes y potencias sobrenaturales especiales, infusas en el alma de manera persistente, con la gracia santificante, energías que, en cuanto son virtudes enteramente sobrenaturales y manifestaciones del amor divino, por una parte, y, por otra, emanación de los impulsos interiores del mismo Espíritu Santo, perfec-

(1) Thomas, 1, 2, q. 68, a. 1, 3.

cionan y fortifican la inteligencia de igual suerte que la voluntad, para hacerlas capaces de cumplir las prácticas de los deberes externos, del bien moral y del culto de Dios.

Representámonos con frecuencia su importancia de manera tan incompleta, que resultan, al parecer, necesarios tan solamente para cumplir acciones extraordinarias.

No es dudoso, en verdad, que toda iluminación extraordinaria de la inteligencia, que todo impulso extraordinario de la voluntad, que toda caridad extraordinaria del corazón, que toda acción heroica en materia de sacrificio y de virtud, de ellos procede. Es también cierto que son ellos quienes, en la práctica de las virtudes sobrenaturales, dan á la voluntad mayor fuerza, mayor ánimo, mayor celo, mayor dulzura, <sup>(1)</sup> y hácenla capaz de realizar la perfección completa. <sup>(2)</sup>

Mas fuera error pretender limitar su importancia tan solamente á esos efectos extraordinarios y raros. Para eso, una fuerza persistente no sería necesaria; bastaría con una influencia transitoria del Espíritu Divino. Pues bien, según lo que llevamos dicho, esos dones hállanse, en diversos grados, es cierto, pero encuéntranse en quienquiera que en sí lleve la gracia de Dios. <sup>(3)</sup> En donde se hallen la gracia y el amor divino, también se hallan los dones del Espíritu Santo. <sup>(4)</sup> En donde falten, también falta igualmente la gracia. <sup>(5)</sup> Por eso resultan absolutamente necesarios para lograr la salvación y la felicidad, ó el fin sobrenatural, <sup>(6)</sup> é igualmente indispensables para la práctica perfecta de las verdaderas virtudes sobrenaturales.

Tales dones, es cierto, no son tan sublimes como las virtudes teologales. Pero el hombre, no obstante, necesítalos, en parte, como disposiciones preliminares para ayudarle á practicarlas de más perfecta manera.

(1) Agreda, *Mystica civitas*, I, n. 597, 599.

(2) Scaramelli, *Theol. Myst.*, tr. 1, c. 6.

(3) Thomas, 1, 2, q. 68, a. 4, 5, 7.

(4) *Id.*, 2, 2, q. 45, a. 5.

(5) Thomas, 2, 2, q. 45, a. 4.—(6) *Id.*, 1, 2, q. 68, a. 2.

Así, cada una de las principales virtudes sobrenaturales va acompañada de uno ó de varios dones del Espíritu Santo, la fe del don de ciencia y de entendimiento, la esperanza del don de la ciencia, en parte, <sup>(1)</sup> la caridad del don de sabiduría. El don de fortaleza viene en ayuda de la virtud cardinal del mismo nombre, el don de piedad en ayuda de la justicia, el don de consejo en ayuda de la prudencia, el don de temor en ayuda de la templanza. <sup>(2)</sup>

La inteligencia y la voluntad humanas hasta son secundadas por estos dones en sus oficios puramente naturales, para poder lograr su fin de más perfecta manera. <sup>(3)</sup>

Por lo tanto, la eficacia de los dones del Espíritu Santo es doble.

En primer lugar, únicamente por medio de ellos llega el cristiano al uso perfecto de la aptitud para la virtud y del poder para practicarla, depositados en él por medio de la justificación.

Á ellos, pues, en definitiva, debe el poder practicar cuanto se le pide en materia de virtud sobrenatural. No se da verdadera virtud cristiana que no exija los dones del Espíritu Santo de igual suerte que la gracia. Cuanto mejor cumple uno sus deberes de perfecta manera, mayor necesidad tiene de eso en grado elevado. Mas en las simples acciones de la vida cristiana ordinaria, nadie puede prescindir de eso, si quiere practicar virtudes sobrenaturales.

En una palabra, únicamente fortalecido con los dones del Espíritu Santo, puede el hombre cumplir por entero la misión á que se halla destinado á causa de su elevación al estado sobrenatural, á saber, la misión de vivir enteramente para Dios, y de trabajar en su salvación eterna.

En segundo lugar, solamente los dones del Espíritu Santo pueden predisponer al cristiano para recibir las iluminaciones y las visitas de la gracia, y hacerle dócil á su

(1) Meschler, *Die Gabe des heiligen Pfingstfestes*, 261.

(2) *Ibid.*, 244.

(3) Rainer. a Pisis, *Pantheologia*, V. dona, 1, § 2, 3.

influencia otras tantas cosas extrañas á la naturaleza humana, pero que le son muy necesarias, dada su actual situación.

Quienquiera que se conozca nada más que un poco, sabe, con el mayor pesar suyo, en qué medida la ceguera, la debilidad, la cobardía, la dureza, el miedo, la terquedad, la precipitación, el orgullo y la ligereza dominan en él. En vano millares de relámpagos y de soles encendidos en su inteligencia por la gracia, han intentado penetrar en esa floresta virgen. Millares de granos que el Divino Sembrador depositó en ese terreno pedregoso, han perecido ó viéronse sofocados por las zarzas y las espinas. Necesario es que el Espíritu Santo nos ayude de manera enteramente particular en ese desorden de malas hierbas que sin cesar se renuevan, de plantas trepadoras, de troncos robustos, en donde toda clase de gusanos encuentra seguro refugio. De otra suerte, la gracia misma no lograría hacer que madurase la mies.

Pues bien, los dones del Espíritu Santo prestan á nuestra cansada mano siempre nuevas fuerzas, y ayúdanos al propio tiempo á reducir á terreno cultivable la tierra de nuestra alma. Únicamente entonces la luz del cielo y el calor del sol pueden, de concierto con nuestra débil cooperación, hacer que germinen y maduren los frutos pacientemente.

Ausentes los dones del Espíritu Santo, la gracia encontraría en nosotros obstáculos mucho mayores. Mas su presencia préstanos capacidad para mejor recibirla y hacer que produzca más numerosos frutos. Á ellos debemos el ser más accesibles á sus efectos, más activos para llenar nuestros deberes de cristianos, y más dispuestos para recibir los impulsos del Espíritu Santo. Únicamente merced á ellos tornámonos en vasos de la gracia é instrumentos del Espíritu Santo en la plena acepción de la palabra. Tan sólo aquel que deja obrar en sí los dones del Espíritu Santo, puede aprender el gran arte de vivir en Dios y por Dios, es decir, de manera verdaderamente sobrenatural.

**6. Llevan consigo, como consecuencia, el deber de que todos los hombres aspiren á la perfección.**—Pues bien, nadie puede negar que esto concierne á todos los cristianos. No se da, pues, nadie que pueda decir que no necesita de los dones del Espíritu Santo, nadie que pueda decir que tales dones no se le ofrecen con la gracia, nadie que pueda decir que sin ellos, sería capaz de atravesar los diversos grados de la virtud cristiana, en relación con su situación. Pues la virtud tiene también sus grados. No está cada cual obligado á llegar de pronto á la cumbre de la perfección. Mas cada uno debe conformarse con los impulsos del Espíritu Santo, esforzándose á lo menos en alcanzar uno ú otro de esos grados.

No puede, pues, haber disputa tocante á distinguir entre los cristianos ordinarios y los santos, en el sentido en que con más frecuencia eso se entiende. Si, por tal distinción, quiere tan sólo decirse que se dan diversos grados en el esfuerzo hacia la perfección, que el Cristianismo es suave y humano, y no desecha á ninguno de aquellos que no han logrado el último de esos grados, es justa. Mas lo que no puede admitirse, es la distinción fundamental que se establece entre la vida de los que se dicen buenos cristianos y la de los santos, distinción que se traduce por el siguiente principio: nadie tiene necesidad de aspirar á la perfección propiamente dicha. Los cristianos ordinarios deben tratar de alcanzar el mismo resultado que aquel de que más ó menos cerca se hallan los perfectos; pueden también tratar de alcanzarlo según la medida de los dones del Espíritu Santo que ellos poseen. Pues bien, todos poseen tales dones,—en diferente plenitud, es verdad,—en cuanto se hallan en estado de gracia.

Así, pues, no se da nadie que no resultase mejor de lo que es, si quisiera dejarlos obrar en él y proceder de concierto con ellos. Todos podrían ejecutar acciones heroicas, hacerse perfectos, santos, si no opusieran óbice á los dones del Espíritu Santo.

**7. Manera y fin de su actividad.**—Esos dones del

Espíritu Santo tan necesarios y tan sublimes son, según el Profeta, <sup>(1)</sup> en número de siete. Cuatro de ellos hacen posible al hombre el cumplimiento de su misión sobrenatural por medio de la iluminación de la inteligencia. Son los dones de sabiduría, de ciencia, de entendimiento y de consejo. Los otros tres, el temor de Dios, la piedad y la fortaleza sostienen á la voluntad en el mismo fin.

Por este lado igualmente, la doctrina del Espíritu Santo aparece como clave que permite comprender la vida sobrenatural. El impulso y la fuerza otorgados á la voluntad humana por la gracia son tan necesarios, que, sin ellos, no sería dado cumplir ninguna obra humana perteneciente al orden de la salvación.

Por esa razón no se podrían predicar bastante las palabras del Apóstol, diciendo que Dios es quien, con su gracia, obra en nosotros el querer y el ejecutar. <sup>(2)</sup>

Mas esto no quita que la inteligencia necesite de una acción particular del Espíritu Santo. Es cosa que con sobrada frecuencia piérdese de vista; y dase sobrado poca importancia á la influencia decisiva que la vida sobrenatural tiene sobre el pensamiento sobrenatural.

De igual suerte, no nos damos cuenta bastante de que, para obrar sobre nuestra voluntad y sobre nuestras acciones, debe lo sobrenatural desde luego hallar libre acceso en nuestro espíritu. Y, por no prestar bastante atención á eso, échase en cara al Cristianismo el querer hacer violencia y emplear procedimientos mágicos respecto del hombre.

Aquí tenemos precisamente la más clara explicación de tan importante cosa.

Entre las influencias del Espíritu Santo, las más numerosas y mejores dirígenese á la inteligencia. Lo cual no es decir que, sin embargo, la voluntad no tenga su parte. Por indispensable que sea el sostén de la voluntad por medio de la gracia, la iluminación del entendimiento por la luz

(1) Is., XI, 2, 3.

(2) Phil., II, 13.

sobrenatural no es menos necesaria para cumplir el bien, de igual suerte que toda obra perfecta.

Por eso es fácil comprender porqué la Sagrada Escritura designa con predilección la gracia con el nombre de *luz*, <sup>(1)</sup> y su efecto con el de *iluminación*. <sup>(2)</sup> La Iglesia hácenos repetir diariamente en el breviario que la gracia del Espíritu Santo se digne *iluminar* nuestros sentidos y nuestros corazones, y cuando habla de la eficacia de la gracia, hácelo diciendo que Dios, por medio de la iluminación del Espíritu Santo, conmueve nuestro corazón, <sup>(3)</sup> y que esa iluminación y esa sollicitación del Espíritu Santo son precisamente lo que produce sin violencia, con dulzura y bondad, el resultado confirmado por la gracia. <sup>(4)</sup>

No nos toca examinar aquí qué influencia decisiva debe ejercer esa verdad sobre la concepción del conjunto de la doctrina de la gracia. Pero no es menos importante para dar exacta apreciación tocante á la vida cristiana en todos sus grados, comenzando por la conversión, para llegar hasta las más altas cumbres de la perfección.

Hemos visto que la vida sobrenatural sigue la marcha de la vida natural. Más la gracia no interviene en la naturaleza, de suerte que siembre allí el desorden. Elévala, ennobleciéndola. Por eso la vida interior de quien aspira á la virtud cristiana, aunque se vea elevada sobre la naturaleza, muévase, no obstante, conforme á las leyes que el autor de la vida de la gracia estableció para la naturaleza humana, en cuanto es igualmente autor de ambas. <sup>(5)</sup>

Pues bien, en actividad intelectual natural, es la inteligencia luz sin la cual la voluntad no acertaría á moverse en dirección determinada. Todo acto de la voluntad debe ir precedido de un acto de la inteligencia. <sup>(6)</sup> Sin éste, la voluntad puede, es verdad, moverse; mas todo el movi-

(1) Ioan., I, 4 y sig.; III, 19 y sig.; VIII, 12; XII, 46.

(2) Luc., I, 79. Ioan., I, 9. Eph., I, 18; V, 14. Hebr., VI, 4.

(3) Conc. Trid., sess. 6, cap. V. Pius VI, *Auctorem Fidei*, 21.

(4) Conc. Arausic., II, c. 7. Según la Sap., VIII, 1.

(5) Cf. Oseas, XI, 4.

(6) Thomas, I, q. 82, a. 4, ad 3.